

AC 12 16

Fundamento de filosofía, guión número 26. Título, el empirismo en la filosofía moderna de no sé quién, de Locke a Hume, mayores de 25 años. El empirismo en la filosofía moderna, de Locke a Hume.

En anteriores ocasiones nos hemos ocupado del idealismo racionalista, en esta ocasión vamos a tratar la otra gran vertiente del idealismo moderno, el empirismo inglés, sin cuyo estudio no puede comprenderse a fondo la filosofía moderna. Al estudiar el racionalismo hemos hablado ya de una característica fundamental del idealismo, el desplazamiento del centro de investigación filosófica de la metafísica a la teoría del conocimiento, a la garantía de la verdad del conocimiento y el método del que debe servirse. El empirismo es también idealismo y por tanto parte también en la indagación filosófica del yo y el pensamiento.

En este punto de vista que habíamos llamado actitud crítica de la filosofía moderna, el empirismo es aún más radical que el racionalismo, pues no sólo va a ocuparse del conocimiento sino que va a poner en cuestión el propio origen de las ideas. Los racionalistas se habían limitado a establecer que las ideas tienen contenido inteligible y que ese contenido era la verdadera realidad. Los empiristas se preguntan si verdaderamente las ideas tienen ese contenido, si las construcciones racionales, las ideas abstractas tienen auténtico valor para conocer y cuál es su origen.

He aquí un problema muy complejo. Es el filósofo inglés Locke, nacido en 1632, quien va a inaugurar la filosofía empirista inglesa. Esta filosofía es de gran trascendencia para el desarrollo del pensamiento filosófico posterior.

Locke coincide con Descartes en el punto de partida. El objeto del conocimiento es la idea. Pero para Locke las ideas derivan de la experiencia y se producen en el entendimiento sin que éste ponga nada de su parte, de forma pasiva.

La experiencia como fuente del conocimiento afecta tanto a la realidad interna del hombre como a la externa. Situar la experiencia como fuente de las ideas supone un ataque frontal a todas las teorías que se apoyaban en la existencia de ideas innatas en el hombre, entre las cuales se cuenta la de Descartes. Frente a ello afirma Locke en su ensayo sobre el entendimiento humano.

No hay ninguna razón para creer que el alma piensa antes que los sentidos le hayan suministrado las ideas sobre las cuales piensa. Puesto que para Locke las ideas provienen de la experiencia, un estudio superficial podría confundir su posición con la de realismo de Aristóteles. En realidad se trata de concepciones radicalmente opuestas.

Locke reconoce también la capacidad del entendimiento para formular juicios, para formar ideas complejas a partir de las percepciones simples. Pero la gran diferencia reside en que para él el espíritu, tanto en la percepción como en las más complicadas operaciones mentales, sólo

trata con ideas. El conocimiento no es aquí, como en el realismo, un acto de correspondencia entre la mente y la realidad, sino que el espíritu es incapaz de entrar en contacto con la realidad objetiva y se limita a relacionarse con las ideas y a operar con ellas.

No es que Locke niegue la posibilidad de conocer las cosas que están fuera de nosotros. Lo que niega es que podamos entrar en contacto directo con ellas. Por ello debe establecer a continuación tres categorías de conocimientos, según las cuales al conocimiento de las cosas se llega, si se trata del yo, por intuición, si de Dios, por demostración, y si se trata de las cosas restantes, por la vía de la sensación.

Pero para Locke la propia sensación demuestra que existe un mundo externo a los sentidos. El hombre sólo entra en contacto con las ideas, ha quedado aislado del mundo de las cosas, y por más que Locke trate de darle una salida, el problema va a quedar planteado y a ser objeto de más radicales formulaciones que encerrarán al hombre con sus ideas y que le reservarán al entendimiento humano la única capacidad de asociar y disociar ideas cuyo contenido real se desconoce. Locke reconoce aún la facultad de la mente para la abstracción, pero afirma que las ideas generales están directamente condicionadas por el lenguaje.

En efecto, las palabras como formulación de las ideas se refieren siempre a ideas que existen en la mente del que habla. Es cierto que la mayor parte de las palabras de todas las lenguas designan ideas generales. Ello es posible porque la mente humana separa las ideas particulares de sus circunstancias concretas de lugar y tiempo, según Locke.

Pero lo general no está en la realidad de las cosas, es fruto del entendimiento. Este último argumento no nos puede resultar nuevo tras haber estudiado el problema de los universales en la Edad Media. Se trata de una posición nominalista.

Los problemas que deja planteados la filosofía de Locke son enormes, pero entre ellos destaca el de la posibilidad de conocer el mundo real. Ante este problema, los sucesores de Locke van a profundizar su actitud crítica. Berkeley va a discutir el origen de las ideas.

Va a poner en duda que la realidad exterior tenga influencia directa en la formación de las ideas para terminar negando la realidad externa al propio yo y su pensamiento. Para Berkeley es indemostrable que las sensaciones reflejan una realidad exterior. Así, en su ensayo de una teoría de la visión, afirma que la distancia entre el ojo y los objetos es un derivado de los propios movimientos del ojo.

Nada prueba tampoco que la asociación de volúmenes y colores se produzca por algo externo al propio yo y su pensamiento. Por tanto, si se quiere ser riguroso, hay que prescindir de toda referencia a esa hipotética realidad externa. Este es un resultado lógico del intento cartesiano de construir la realidad a partir del propio yo pensante.

Por lo que se refiere a la capacidad de abstracción de la mente que Locke había conservado, Berkeley va a negarla. En el Tratado sobre los Principios del Conocimiento Humano nos dice...

Si otros tienen esa facultad maravillosa de abstraer sus ideas, ellos lo sabrán mejor que yo. Por mi parte, encuentro que tengo capacidad para imaginar o representarme las ideas de aquellas cosas particulares que he percibido, y unir las y dividir las de diversas maneras.

Puedo imaginar un hombre con dos cabezas y la parte superior de un hombre unida al cuerpo de un caballo. Puedo considerar la mano, el ojo y la nariz abstraída o separada del resto del cuerpo. Pero de cualquier manera que la imagine debe tener alguna forma o color particular.

De la misma manera que la idea de hombre que una forma debe ser de uno blanco, negro o moreno, erguido o encorvado. No puedo, por ningún esfuerzo de pensamiento, concebir la idea abstracta de animal racional. Por el fragmento anterior se ha podido comprobar que para Berkeley no hay más que ideas particulares.

Las ideas deben ir necesariamente unidas a una imagen particular. La creencia en las ideas abstractas es una simple deformación del lenguaje. El objeto, es decir, la idea y su percepción por el entendimiento son la misma cosa.

Recuérdese la refutación de Locke de las ideas innatas. De aquí deduce Berkeley que la única sustancia real es el espíritu que percibe las ideas. Para él, como vimos anteriormente, no hay posibilidad de saber si las ideas se fundamentan en una realidad exterior.

En cualquier caso, de existir un sustrato material de las ideas no podríamos percibirlo. Con ello ha refutado la fundamentación de las ideas en la experiencia. Entonces cabe preguntarse cuál es el origen de las ideas para Berkeley.

Para él las ideas, especialmente las que se refieren a la naturaleza, son producidas en nosotros por un ser superior, por Dios. Lo que nosotros llamamos sensaciones no serían así más que los signos con los que Dios expresa sus ideas al espíritu del hombre. Se ha negado la materia y el entendimiento humano se ha vuelto a poner en relación directa con Dios.

Esto nos recuerda sin duda a San Agustín y al platonismo. Pasemos a examinar esta semejanza partiendo de las propias palabras de Berkeley. Los objetos de la vista son luces y colores con diversas formas y grados, los cuales, infinitamente combinados y variados, forman un lenguaje maravillosamente apto para sugerirnos y mostrarnos las distancias, las figuras, las situaciones, las disminuciones y las diversas cualidades de los objetos tangibles, no por semejanza ni por conexión necesaria, sino por la arbitraria imposición de la providencia precisamente tal como las palabras nos sugieren las cosas significadas por ellas.

Las cosas son ideas, y éstas, manifestación de Dios en el espíritu humano. Es una teoría semejante a la de los arquetipos. Una y otra vez vemos en la historia de la filosofía cómo las teorías idealistas, al ser profundizadas, conducen una y otra vez a su origen platónico.

Berkeley es, a su vez, la demostración más clara del carácter idealista de la teoría cartesiana, tan alejada en apariencia del platonismo. Siguiendo la evolución del empirismo inglés de los siglos XVII y XVIII, trataremos a continuación de la obra de David Hume, quien profundiza aún

más en la teoría empirista del conocimiento, llevándola hasta el límite de sus posibilidades. Berkeley había dejado en pie como sustancias reales al espíritu humano y a Dios.

Hume va a discutir, hasta llegar a negarla, la sustancialidad del espíritu humano. Para Hume, las percepciones del espíritu humano pueden dividirse en impresiones e ideas. Estas últimas no son capaces de reproducir en la mente la vivacidad de las impresiones.

Nunca es lo mismo, por ejemplo, la idea de dolor que el propio acto de sentirlo. Toda idea se deriva de una impresión previa. Sin la impresión no hay idea.

Es decir, toda idea proviene de la experiencia, pero esta no es sino la percepción, que no supone la existencia de objeto exterior alguno. Lo único demostrable para Hume es que la realidad son las impresiones y las ideas sus copias. No se puede demostrar que el espíritu humano tenga más realidad que esta de las impresiones y copias.

Para él, Berkeley ha supuesto de forma simple su sustancialidad. Toda la realidad son las relaciones entre impresiones e ideas. La mente humana no es sino el escenario en que se representan.

Hemos llegado al más completo escepticismo. También el problema de la abstracción y el universal lo concibe Hume de nueva forma. Niega también, con Berkeley, las ideas abstractas.

Berkeley había dejado ya el universal reducido a la significación de la palabra por mera asociación. Pero Hume va a explicar además por qué una idea atrae a otra en la mente humana, de forma que se hace posible el uso de las palabras como signos que afectan a las ideas, despojadas de sus atributos concretos. Según Hume, cuando el hombre ha descubierto por la experiencia una cierta semejanza entre las distintas ideas, se crea un hábito en su mente que le hace tender a creer que siempre las ideas han de relacionarse de la misma manera.

Así, por ejemplo, si se ha experimentado una o varias veces que la impresión de fuego va unida a la de calor, la mente tiende, por hábito, a creer que siempre el fuego va acompañado de calor. Pero tal cosa es indemostrable y nada impide que la impresión de fuego se presente más tarde asociada a la de frío. De todo ello se extrae una trágica conclusión.

Todo conocimiento de la realidad carece de necesidad racional. Las cosas que hoy se experimentan de una manera mañana pueden ser experimentadas de otra. Nada prueba que no sea así salvo la tendencia instintiva a la creencia.

La creencia en la existencia de un mundo exterior. La creencia en que lo que hoy hemos experimentado de una manera lo será mañana de la misma. Para Hume, el conocimiento humano atraviesa siempre por esa fase de la creencia, que es afilosófica.

En esa primera fase se cree que las ideas son reflejo de la realidad objetiva, pero la reflexión filosófica destruye esa ilusión. Ni siquiera se necesita ya que el espíritu humano lleve a cabo ninguna actividad, pues las ideas se presentan según sus propias conexiones, de semejanza,

causa y efecto o continuidad, y esto es algo ajeno a todos los esfuerzos del hombre por transformarlo. Si el empirismo inglés cumple el papel de fundamentar el desarrollo de la ciencia empírica, hace de todo punto inviable la metafísica, pues su análisis previo de teoría del conocimiento demuestra que la noción de sustancia externa, incluso de la sustancia del propio yo, es acientífica.

La investigación sobre la sustancia no tiene sentido para el empirismo. Locke, como Descartes, aún afirmó alguna sustancia, la del propio yo. Berkeley afirmó además la existencia de la sustancia Dios.

Hume acaba con la sustancia y acaba también con la ciencia al reducir el conocimiento humano a relaciones arbitrarias y negar las leyes necesarias. Al empirismo, a partir de Hume, no le queda más camino que la psicología, y el psicologismo es un problema que va a dar mucho que hacer a los filósofos contemporáneos.